

Encuentro a través del tiempo

Eduardo Manet

MIEMBRO DE UN JURADO LITERARIO (EL PREMIO DEL Caribe y Cayenas), me encontraba en la isla de la Guadalupe durante una recepción oficial, cuando tuve la suerte de entablar conversación con la señora Alvin Ruprecht. Periodista y traductora residente en el Canadá, la señora Ruprecht es una buena conocedora de la literatura cubana. Fuimos pasando de un tema a otro, y surgió el nombre de Abelardo Estorino con respecto a una obra titulada *Los mangos de Caín*. El entusiasmo de la traductora por esa pieza de teatro me pareció tan fuerte y sincero que manifesté, a mi vez, el deseo de leer la obra en cuestión. La señora Ruprecht prometió enviármela. Fue así como un buen día llegó a mis manos *Los mangos de Caín*.

Mi primera sorpresa: había creído que se trataba de una obra escrita recientemente por el autor. Grave error: compuesta en 1964, la pieza fue estrenada en el teatro del Colegio de Arquitectos de Cuba en 1965. En esa fecha, yo vivía en La Habana, pero, el rodaje de un filme me alejó, por un tiempo, de la actividad teatral. Mi segunda sorpresa se produjo al leer el texto treinta y ocho años más tarde y comprobar que el tiempo no había dejado el menor rastro sobre esa obra. Todo lo contrario: la actualidad de *Los mangos de Caín* es más fuerte hoy que ayer: signo muy claro de su importancia extra temporal.

Demos un salto en el pasado para mejor situar el contenido de la pieza. Los años 60 marcaron el apogeo de lo que Genevieve Serrau catalogó, con aguda visión de la publicidad, como «teatro del absurdo». Beckett, Ionesco, Adamov, Arrabal pasaban de la sombra y la estrechez de las pequeñas salas de la *Rive Gauche*, a los lujosos teatros vecinos del Boulevard. Como residían en Francia y escribían, todos, en francés, esos autores eran, desde el punto de vista generacional, contemporáneos del polaco Gombrowicz, que vivió durante varios años en Buenos Aires, y del cubano Virgilio Piñera, quien, a su vez, residió, por un tiempo, en la capital de la Argentina. Ambos escritores

fueron incorporados, más tarde, por algunos críticos como parte del teatro del absurdo. Vana confusión. Tres décadas más tarde, cuando se estudian esos autores por separado se descubren las personalidades fuertes y muy alejadas las unas de las otras. En realidad, nada es más diferente que el teatro de Beckett y de Ionesco que el de Piñera y de Adamov. El punto que los une es el rechazo del teatro realista y psicológico que había reinado sobre la escena de Francia entre las dos guerras y en los años de la posguerra. No olvidemos que los existencialistas Sartre y Camus se ocupaban sólo de dinamitar el contenido sin cambiar en nada la forma, que es bastante tradicional en *Las moscas*, por ejemplo o en *El malentendido*. Sólo Jean Genet lograba crear su propio lenguaje teatral escapando, así, a todo tipo de clasificación perezosa de críticos y periodistas.

Mientras, un ruso (Adamov), un irlandés (Beckett), un rumano (Ionesco), un español (Arrabal), un polaco (Gombrowicz) y un cubano (Piñera), sensibles y muy perspicaces, tradujeron en lenguaje teatral la absurda situación que vivía el planeta entre los años 30 y 50 del siglo xx : triunfo del totalitarismo en España, Portugal, Alemania, Rusia, Italia; una segunda guerra mundial cuyos horrores parecían indescriptibles. Fueron los años del Holocausto, de la bomba atómica, del comienzo, en los 50, de la «guerra fría». Si tenemos en cuenta esa larga serie de situaciones infernales, se comprenderá mejor el clima reflejado por los autores del teatro del absurdo.

No sé si algún crítico cubano habrá tenido la ocurrencia de catalogar *Los mangos de Caín* en la lista de autores del absurdo. Espero que no. Una de las características de dicho teatro, en sus ejemplos menos ambiciosos, era la de apartarse de la realidad cotidiana y del pensamiento lógico, lo que convertía a los personajes en caricaturas, como ocurrió algunas veces en las obras «menores» de Adamov.

El camino escogido por Abelardo Estorino para *Los mangos de Caín* es un sendero muy personal que no debe nada —o muy poco— a la «moda de la época». Inspirándose en el Génesis de la *Biblia*, el autor sitúa a la «primera pareja» y a sus dos retoños en un clima cotidiano y muy cubano: la familia vive en una finca propiedad privada de un «Señor» invisible y potente que decide, por capricho personal, lo que es «bueno» y lo que es «malo». La desobediencia se castiga con mano dura y severidad ejemplar: es así que Eva y Adán serán expulsados («exiliados») de la parte paradisíaca de la propiedad. Como los indios siboneyes, la pareja había vivido en la inocencia, sin tener ni la más remota idea de lo que significaba Bien y Mal. Exiliados-expulsados, las «criaturas del Señor-Propietario» aprenden a ganarse el pan con el sudor de su frente, a procrear con la noción del pecado y a «parir con dolor». Dos hijos nacerán de esa copulación que provocó la ira del Señor: cada hijo será una muestra del maniqueísmo impuesto por el Todopoderoso Patrón; Abel será «bueno», Caín portará en él los «signos» de la maldad. Y es aquí donde aparece el agudo sentido del humor de Abelardo Estorino: Caín nos recuerda más bien el espíritu crítico y la aguda curiosidad que manifiestan los espíritus libres que han atravesado toda la historia de la filosofía, de Sócrates a Nietzsche, de Giordano Bruno a Camus. Si Dios existe, hay que matarlo o, al

menos, negarlo. Para el Caín de Estorino, el Señor-Proprietario se comporta más bien como un Don mafioso que impone el orden, lanza consignas, inventa culpabilidades, decreta leyes, condena y destruye por amor al Poder. El logro mayor de *Los mangos...* es situar la acción en un medio cotidiano, el presentar y hacer hablar a los personajes con una naturalidad y una economía verbal que redoblan la fuerza del pensamiento latente. Abel el Bueno es el que cumple las consignas, no pone en tela de juicio las órdenes recibidas, ejecuta sin protestar y, se diría casi, sin saber por qué. El bueno acepta, cumple y calla. Él sabe que, al final de cuentas, la buena conducta será recompensada por el Señor o por sus funcionarios y delegados. Caín, inquieto, inconforme, siente enraizarse en él un odio intenso por la pasividad de su hermano. Así, lo que es blanco para Abel será, forzosamente, negro para Caín.

¿Y qué opinan los padres de esa situación familiar? El Señor los ha acomplejado, inculcando en ellos el poderoso veneno de la «culpa». De ahí que para ellos, el buen Abel será el hijo preferido, aquel que obtiene los buenos puntos ofrecidos por el Señor a sus adeptos. ¿Qué hacer con el «malo» Caín? La madre, Eva, turbada por el amor intenso y nada filial de su hijo «maldito», vuelve a sentir en su sangre y en su cuerpo, el dulce conflicto de «hacer o no hacer» que la llevó a morder la manzana prohibida. Adán, desde la época del Paraíso Perdido ha renunciado por completo. Como su hijo Abel, él realiza sus tareas sin preguntar, sin contestar, mansamente, buey habituado a no mirar más que el surco abierto a sus pies. Y así será hasta que el *fait divers* se produce: Caín asesina a Abel, y logra con ello su plenitud, su libertad individual, su leyenda fratricida que lo perseguirá hasta el fin de la eternidad.

Relectura de la *Biblia*, metáfora incendiaria sobre el verdadero significado de los conceptos de «bien» y «mal». Caín, como la curiosa Alicia, atravesará el espejo en busca de magia, de visiones simbólicas, de ideas nuevas, de libertad personal. Treinta y ocho años más tarde, *Los mangos de Caín* se escapa de las manos de su Estorino y adquiere un nuevo rostro: irónico, insolente, sabio. Más allá del paraíso perdido y del paraíso prometido por el Señor si se trabaja con sudor y sangre, Caín y sus mangos adquieren una estatura muy particular, fuerte y candente, en la realidad cubana actual.

Como me dijera Alvida Ruprecht: «esa obra de Estorino merece una puesta en escena mundial». Crucemos los dedos, encendamos velas, toquemos la joroba de Quasimodo, porque así sea. A través del tiempo y el espacio, *Los mangos de Caín* aparece, en la literatura dramática, como una obra fundamental y ejemplar.